

ANÁLISIS ECONÓMICO

«Algunas enseñanzas de casi medio siglo de cuentas de la economía vasca»

Alberto Alberdi Larizgoitia

- 1. Aproximación histórica**
 - 2. La onda larga de crecimiento de la segunda mitad del siglo**
 - 3. Comentarios finales**
- Bibliografía**

Palabras clave: Crecimiento económico, CAPV.
Nº de clasificación JEL: E65, P44, R5.

La reciente publicación por el Banco Bilbao Vizcaya de la Renta Nacional de España y su Distribución Provincial correspondiente a 1991, junto con el conocimiento derivado del análisis coyuntural del pasado más reciente sitúan a las series de contabilidad en una dimensión histórica. Casi medio siglo de evolución cifrada de la economía vasca está a nuestra disposición, y por ello la tentación de volver la vista atrás y hacer un repaso general se vuelve irresistible. La intención con la que parte este escrito es por ello bien modesta, casi se diría que es una mera extensión de las mismas cifras, pues se limita a reflexionar sobre la evolución de los agregados básicos de producción y empleo dentro de esa perspectiva de muy largo plazo. La reflexión se presenta además en forma gráfica y con escasos tecnicismos porque pretende ser accesible a un público amplio y no especializado; con el único objetivo de refrescar la memoria sobre lo que ha sido nuestra dimensión económica y sus vaivenes a lo largo de las últimas décadas. El autor confía en que las ideas que aparecen en un apartado final a modo de conclusiones justifiquen el «viaje por la Renta Nacional» llegando algo más allá del simple recordatorio del pasado, esto es, que arrojen luz sobre algunos problemas del presente y sobre nuestras perspectivas de futuro.

1. APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Hace cien años la economía y la sociedad vascas se encontraban en plena efervescencia; no es por ello casualidad que muchas de las actuales instituciones más representativas tanto del orden económico como del político, deportivo o social vieran la luz en aquel contexto finisecular. Aunque algunas de las paredes maestras de nuestro edificio económico se levantaron hacia mediados del siglo XIX, lo cierto es que la etapa de mayor esplendor económico y social vino a coincidir con la pérdida de las instituciones privativas de autogobierno, proceso político muy ligado por otra parte a la construcción del nuevo mercado nacional. Aproximadamente cien años después la recuperación actualizada de un régimen de autogobierno ha coincidido con una fuerte crisis de la base económica que se alumbró en el anterior contexto histórico. Ahora, a diferencia del pasado, las nuevas instituciones no es que hayan dejado ya de ser incompatibles con el viejo mercado nacional sino que asisten precisamente a su definitiva superación y transformación en un mercado único de escala europea.

La crisis de finales de los setenta y principios de los ochenta fue por momentos tan virulenta y tan hondas sus raíces estructurales que ocasionalmente nos sentimos incluso tentados de establecer comparaciones con momentos tan duros para el País Vasco como el del final del Antiguo Régimen. Volviendo la mirada otros cien años atrás, recordamos efectivamente cómo el derrumbamiento de la economía tradicional supuso una etapa especialmente difícil que abrió nuestra historia contemporánea. Debería por ello llamar nuestra atención el hecho de que los historiadores apunten a la falta de innovaciones como el factor que se transformó entonces en un impresionante freno al desarrollo; en la agricultura, porque forzados a nuevas roturaciones se rompía el equilibrio de usos del suelo perjudicando a la ganadería y a través de ella a la propia agricultura; en la incipiente industria del hierro, porque la dificultad de competir con otros productores europeos había ido reduciendo la exportación a Europa, motivando una creciente concentración en el mercado español, para el que cada vez con más insistencia se reclamaban ventajas frente a la *introducción de fierro de otros Reynos*¹.

Entre la crisis de finales del siglo XVIII y el esplendor de finales del XIX media la dura y difícil construcción de un modelo económico que propició la onda larga de crecimiento en la que todavía se sustentan nuestros niveles de bienestar de hoy en día. Los pilares de aquel modelo eran por una parte un proceso de crecimiento del tipo de los de causación acumulativa que fueron analizados por Myrdal y Kaldor, y que aparecen en su origen ligados a ventajas locacionales diversas (nueva tecnología siderúrgica, el mineral de hierro, el proceso de acumulación de capitales, una clase empresarial...); y por otra, la existencia de un mercado de acceso preferente y de cierta dimensión para lo que suponía una economía como la del País Vasco.

Desde la modesta pretensión de cualquier análisis económico actual, no cabe duda de que la comparación suscitada puede parecer desproporcionada por la distinta dimensión temporal; pero de hecho no deja de ser cierto que el cambio de aquel modelo ha venido siendo en gran medida la tarea histórica de esta segunda mitad del siglo XX. Primero fue la primera apertura del Plan de Estabilización de 1959, luego la del Acuerdo Preferencial de 1970, y finalmente la de la Adhesión a las Comunidades de 1986 y el subsiguiente proyecto de construcción de la Unión Europea. Aunque todos los hitos aperturistas anteriores se saldaron con excelentes resultados en términos de crecimiento,

¹ Montero, 1993.

la verdad es que el de las décadas de los ochenta y noventa movía a especial preocupación porque no en vano casi coincidía en sus inicios con la salida de la aguda crisis económica de finales de los setenta y primeros ochenta. Si en los momentos peores de la crisis, la falta de profundidad real que a veces caracteriza a ese mero conocimiento de las cifras que a menudo adorna al macroeconomista le hacía dudar a éste de la propia capacidad de resistencia del tejido económico; no debe sorprender que el añadido del proceso de liberalización a escala europea aun con sus ritmos y cautelas fuera contemplado con indisimulada preocupación.

A estas alturas, corriendo el año 1995, sabemos ya que una vez más la reacción a la apertura exterior ha sido positiva; así lo pudimos comprobar a la vista de los primeros análisis de la respuesta de la economía vasca a la integración con el intenso crecimiento de los últimos años ochenta. Y si bien aquel período fue seguido de una rápida recesión, después de un ejercicio especialmente negativo en 1993, parece que las cosas vuelven a su ser y que nuevamente muchas de nuestras producciones tradicionales registran una fuerte demanda que uno no sabe si a fuerza de interiorizar tanto la crisis habíamos supuesto ya como enfrentadas a una debilidad inexorablemente creciente.

Ahora bien, con esta breve introducción de tipo histórico parece que tan rápido como hemos abierto tremendos interrogantes sobre nuestro devenir económico los hemos despejado con igual celeridad de modo complaciente diciendo que la última década parece asegurar que la economía vasca goza de relativa buena salud. Naturalmente, las afirmaciones breves en economía son siempre arriesgadas y sobre todo poco esclarecedoras. Es cierto que se evitó el desplome sobre el que en un momento dado pudo conjeturarse, pero ello no significa que hayamos despejado el más reciente temor de estar instalados en «un dulce camino de declive». Conviene por lo tanto preguntarse directamente sobre el momento actual de la economía vasca, sobre su capacidad de enfrentar el fuerte déficit de ocupación y en definitiva sobre si existe el riesgo de que una vez más la escasez innovadora nos reconduzca a una trayectoria secular de estancamiento.

Para comenzar a ocuparse de tal cometido nada mejor que acudir a la perspectiva histórica con el análisis del período que cubre la segunda mitad del siglo veinte sobre el que existe una información estadística que permite un acercamiento más profundo; análisis que servirá de antesala necesaria de otro de carácter más prospectivo.

Cuadro n.º 1. Evolución histórica de la población del País Vasco

Año	Total	% del Estado
1787	308.157	3,0
1887	510.408	2,9
1920	766.775	3,6
1950	1.061.240	3,8
1970	1.878.636	5,5
1975	2.072.430	5,7

Fuente: Eusko Jauriaritza (1982).

El País Vasco ha tenido históricamente un peso relativo sensiblemente inferior al que hoy supone en el marco del Estado. En aquél fin de siglo en el que se asistía al derrumbe de la economía tradicional su población representaba un 3%, y a lo largo del siglo siguiente, pródigo en crisis económicas y políticas, aunque lógicamente aumentó su población absoluta, apenas se separó de aquel peso relativo, disfrutando de hecho de un porcentaje ligeramente menor. Tras la conformación básica del modelo económico de finales de siglo XIX al que hacemos referencia y como consecuencia del primer proceso industrializador es cuando comienza a registrarse un cierto despegue de la población que ya en 1920 asciende al 3,6% de la del Estado, nivel que no variaría significativamente hasta 1950. Así pues, a la vista de estas cifras nos enfrentamos a la constatación de que nuestro peso demográfico aun siendo modesto hoy en día es sin embargo el producto de un proceso de crecimiento muy reciente que hunde sus raíces en el período 1950-1975. En las dos primeras décadas de dicho período la migración neta suponía el 50% del aumento de la población, porcentaje que sería de alrededor de un tercio en los años setenta². Desde aquellos años de fuerte inmigración y con la mediación de la crisis económica nos encontramos con que la última población conocida, 1992, supera tan sólo en unas 50.000 personas a la de 1975³ y que las proyecciones demográficas estiman que en el año 2016 tendremos una población similar a la de 1975⁴. Situado en perspectiva histórica ese futuro demográfico aparece sorprendentemente acotado y contradictorio con el pasado hasta el punto de parecer condicionar la propia realidad económica que le ha de acompañar.

Ocurre naturalmente que la población no lo es todo; de hecho a medida que abandonamos el pasado más lejano cada vez tiene menor poder explicativo para el economista o en general para la persona interesada en la realidad social. Si comenzamos hablando de demografía es porque deseábamos contar con una reflexión introductoria de carácter histórico. Una vez realizada ésta, descendemos al campo estricto de las variables económicas, pero aún así esa doble referencia temporal al pasado y al futuro nos sigue proporcionando un marco de reflexión tremendamente interesante para ahondar en la discusión del momento actual de la economía vasca. En primer lugar porque al sumergirnos en el pasado podemos explicar cómo hemos llegado al punto en el que hoy estamos y ver lo que de reproducible tiene nuestra historia reciente; en segundo lugar, porque a la vista de ese camino y de los cambios de tendencia que se registran en el mismo nos encontraremos mejor informados para intentar dibujar el futuro posible.

2. LA ONDA LARGA DE CRECIMIENTO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO⁵

La expansión de la población parecía sugerirnos que la actual configuración económica del País Vasco es un fenómeno reciente. Ciertamente, aunque la mera aproximación demográfica no permite distinguir si nos encontramos ante un simple

² Eusko Jurlaritz, 1982, pp. 13-16.

³ Eustat, 1993.

⁴ Garayalde, Murphy, Arregi, Olalde e Ipiña (1990).

⁵ La fuente privilegiada de la que dispone el analista para estos análisis a largo plazo es la mencionada «Renta Nacional de España y su Distribución Provincial» del Banco Bilbao Vizcaya, a la que corresponden las cifras que se utilizan en este apartado. A efectos de trabajar con series en pesetas constantes se ha utilizado el deflactor implícito de la renta de la propia fuente como índice de precios con base en 1985.

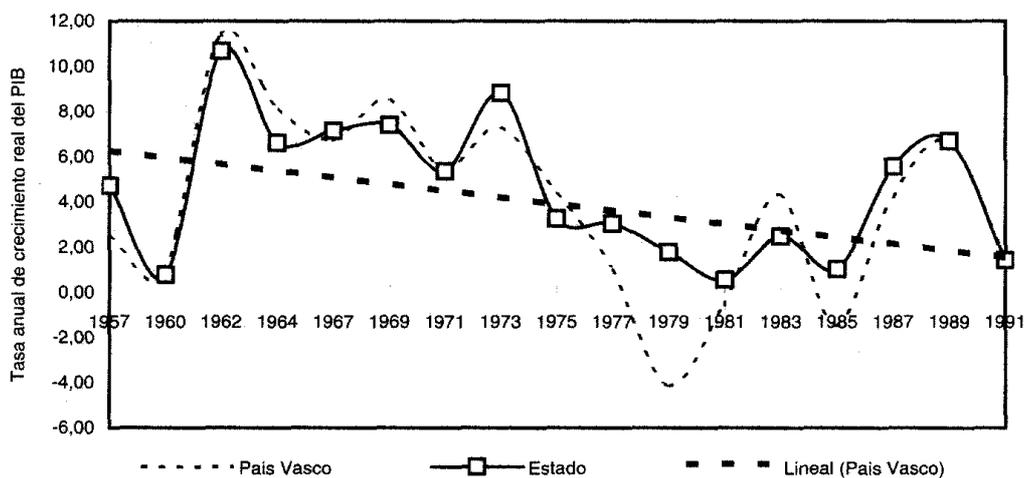
crecimiento extensivo que refleja sólo dimensión o si además asistimos a una elevación de los niveles de vida sustentada en las mejoras de la productividad, la coexistencia de estos dos fenómenos a lo largo de los años sesenta y setenta permiten decir que efectivamente la construcción de la economía vasca de hoy tuvo lugar en los últimos veinticinco o treinta años. Como enseguida veremos, además del crecimiento extensivo del que da cuenta la expansión de la población, el PIB per capita se multiplicó por 2,2 en términos reales entre 1955 y 1991, lo que en otras palabras significa que en ese período la economía vasca experimentó una transformación que en términos de su modelo de producción y consumo supera a la registrada en toda su historia precedente.

Como decimos, la onda larga de crecimiento de la economía vasca reunía a un tiempo dos características que hoy en día es poco habitual encontrar: fuertes incrementos de productividad y notables aumentos de la fuerza de trabajo ocupada. Por ello es muy interesante examinar la medida en que ambas características se han venido combinando históricamente y qué tendencias muestra cada una de ellas.

2.1. Crecimiento, productividad y empleo

De acuerdo con el Gráfico n.º 1, la tendencia de crecimiento global del PIB aparece como declinante, pues si en sus primeros años las tasas de crecimiento se movían entre el 4% y el 6% en el final del período las tasas se sitúan entre el 2% y el 4%, fenómeno que hemos querido reflejar en el propio gráfico mediante una línea de tendencia. Ahora bien, aunque ese es el resultado de considerar toda la serie al completo, lo cierto es que como siempre ocurre con la periodificación esa primera conclusión puede prestarse a interpretaciones diversas en función de la elección de períodos.

Gráfico n.º 1. Crecimiento económico comparado a largo plazo (1955-1991)



Cuadro n.º 2. Tasa anual de crecimiento del PIB en distintos periodos

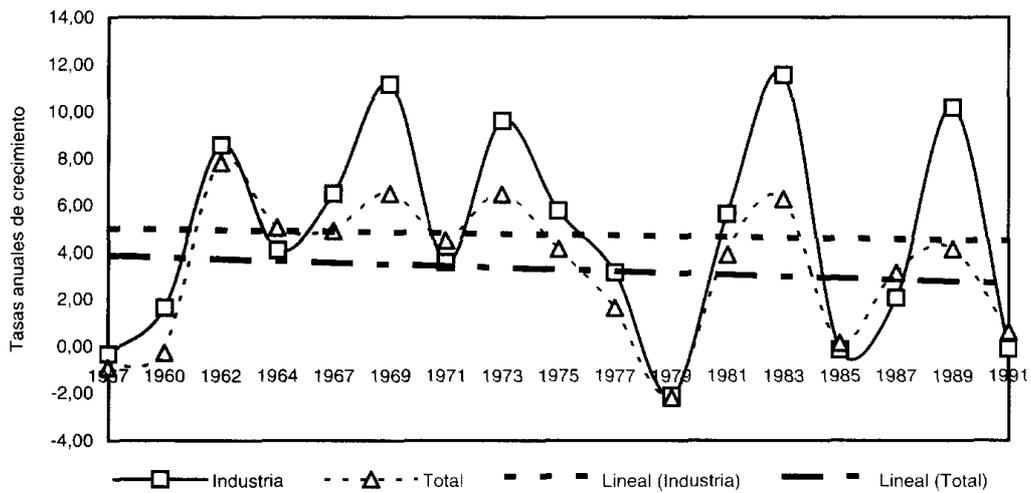
	País Vasco	Estado
1955-1991	0,85%	1,72%
1955-1975	5,83%	5,35%
1975-1985	-0,64%	0,96%
1979-1985	1,37%	0,67%
1955-1979	4,73%	5,62%
1985-1991	4,54%	4,13%

En particular, esa tendencia descendente del crecimiento económico no parecería tan clara si adoptamos la convención de suponer que la crisis de finales de los setenta es un momento de ruptura y que debido a los factores exógenos que la acompañaron no puede tomarse como representativa de las tendencias profundas del sistema económico. Esta puede parecer una convención hartamente discutible desde luego, pero concedámosle siquiera una vigencia momentánea. Pues bien, bajo tal supuesto nos encontraríamos con que la propia tendencia de largo plazo muestra un punto de inflexión justamente al final de los años setenta y que luego parece remontar claramente hacia mayores tasas de crecimiento. De hecho, la tasa anual de crecimiento del período 1955-1979, 4,73%, no es significativamente distinta de la del período 1985-1991, que es del 4,54%. Claro que una objeción profunda a esta interpretación es la de que toma como término de comparación un período de genuina expansión que si se prolongase desembocaría en las tasas negativas de crecimiento (-0,3%) del bienio 1992-1993, y por lo tanto en niveles sensiblemente inferiores de crecimiento económico. Aunque esto es cierto, no por ello cabría descartar un cambio de la tendencia a muy largo plazo, porque tras el mínimo de crecimiento de 1993 otras fuentes avanzan ya tasas positivas cercanas al 3% para 1994 que previsiblemente tendrían continuidad en ejercicios sucesivos. A la luz de todo lo anterior cabría en consecuencia conjeturar que volvemos a una senda de crecimiento, si bien la misma presentaría características muy diferentes a las del pasado, porque las tasas de variación del PIB son mucho más modestas y consecuentemente con ello las variaciones cíclicas suponen que en los puntos bajos del ciclo se producen incluso retrocesos, tal y como confirma la experiencia reciente.

La observación del pasado encierra indudables enseñanzas pero las conjeturas sobre tendencias gráficas que son propias de un análisis bursátil parecen irreverentes en el campo de la economía. Aunque sin ser pretenciosos, admitamos que ello es así y que debemos estar en condiciones de explicar algo mejor nuestras conjeturas: Veamos cuánto mejor.

El punto de reflexión clave reside como es ampliamente conocido en los movimientos de la productividad, algo que para desconsuelo nuestro no se conoce muy bien a qué responde. Economistas de tanta reputación como Paul Krugman no tienen

Gráfico n.º 2. Tendencias a largo plazo de la productividad en la economía vasca



reparo alguno en admitir que no sabemos casi nada de las razones de por qué la «magia» de los aumentos de la productividad desaparecieron en los años setenta y se muestran renuentes a volver a escena. Así pues, aunque la cosa tampoco es fácil, no tenemos más remedio que mirar lo que ha venido pasando con el comportamiento de la productividad.

Gráfico n.º 3. La relación entre el crecimiento y la evolución de la productividad

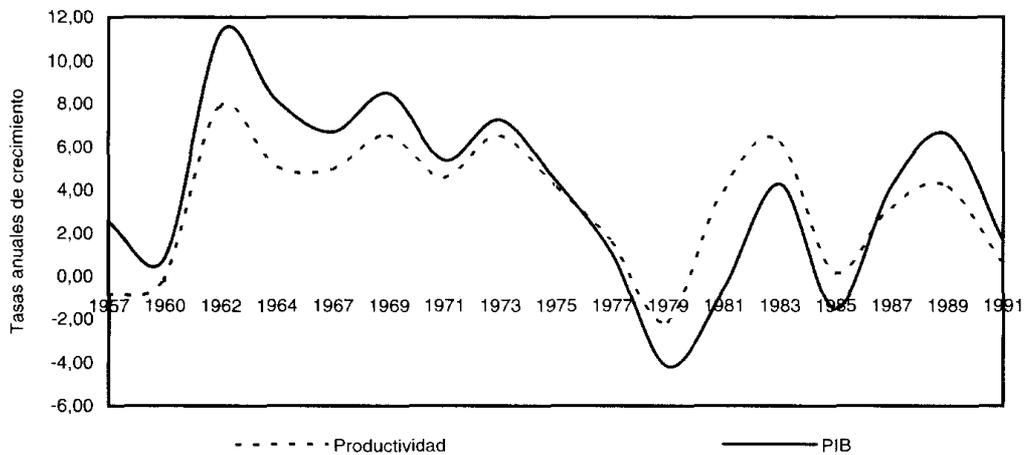
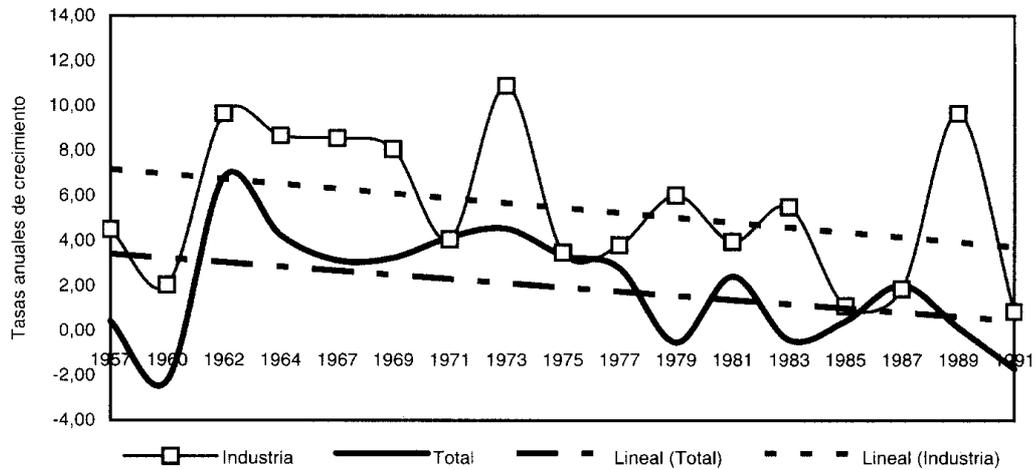


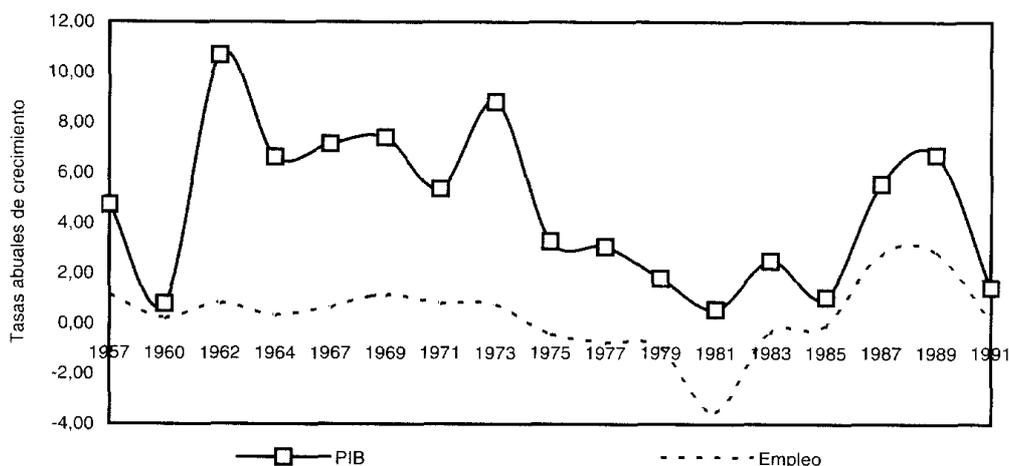
Gráfico n.º 4. Tendencias a largo plazo de la productividad en la economía española



El Gráfico n.º 2 trata de responder a esta cuestión en la medida en que ello es posible, es decir, considerando sólo el factor trabajo e ignorando por lo tanto la dotación de capital. La primera conclusión que se desprende del mismo es que ese auténtico motor del crecimiento económico que es la productividad no sigue la misma tendencia que la registrada por las variaciones del PIB, aunque también se muestra declinante para la totalidad del largo período que va de 1955 a 1991, lo cierto es que lo hace de una forma mucho más amortiguada; hasta el punto de que nuevamente advertimos que de no ser por la catástrofe de finales de los años setenta seguiría situada sobre valores no inferiores al 3%. Este es un aspecto extraordinariamente llamativo cuya importancia se revalida cuando se tiene en cuenta que la productividad industrial muestra una resistencia todavía mayor: incluso se diría que de acuerdo con la serie la productividad industrial no declina en absoluto. A nosotros se nos antoja que la expansión de la productividad y del PIB de los primeros años ochenta puede tener algo de sorprendente a la luz de otras fuentes, pero el hecho de que aún con la verdadera sima del año 1979 los niveles de productividad industrial se mantengan parece avalar en definitiva esa llamada de atención que acabamos de realizar. El ciclo industrial ha continuado previsiblemente en los primeros años noventa con las mismas pautas⁶, con lo que muestra, además de una regularidad sorprendente en torno a duraciones comúnmente admitidas como las más frecuentes, una tendencia a desafiar los cambios estructurales que en el mundo desarrollado justifican la aseveración de que la «magia» parece haber desaparecido. Entonces, ¿ha desaparecido o no la magia de la productividad?

⁶ Véanse al respecto los informes periódicos de coyuntura de la Dirección de Economía y Planificación del Gobierno Vasco.

Gráfico n.º 5. Crecimiento y generación de empleo en la economía española

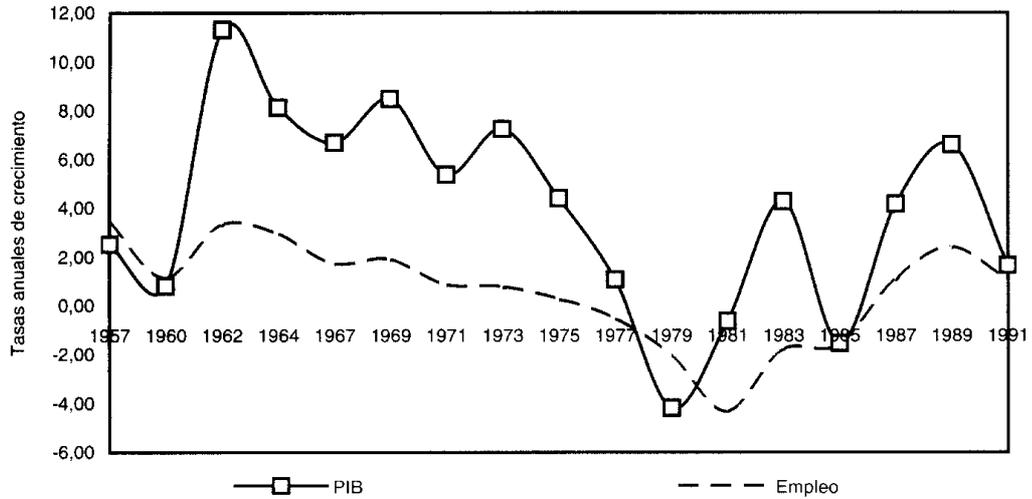


La experiencia de la economía española manifiesta una indudable confirmación de ese diagnóstico pesimista: las tasas de avance de la productividad industrial convergen rápidamente hacia las de la economía vasca desde valores más altos y, sobre todo, la productividad total de la economía es francamente declinante tendiendo hacia niveles sensiblemente inferiores a los de economía vasca⁷. En realidad lo que observamos es que el ciclo de la economía vasca está fuertemente influido por el ciclo industrial, hasta el punto de que la productividad del conjunto de la economía se mueve al compás de las ganancias de eficiencia en el sector manufacturero. Estas diferencias de comportamiento se aprecian muy bien cuando se contempla directamente la capacidad de generar empleo de las dos economías, como se propone en los tres gráficos que se insertan a continuación (Gráficos n.ºs 5, 6 y 7).

Durante la época dorada de crecimiento económico, la economía vasca mostró una extraordinaria capacidad para generar empleo, estábamos ante la coexistencia del crecimiento extensivo y del intensivo que permitía mejorar los niveles de vida al tiempo que crecía vertiginosamente la población como veíamos más arriba. El problema comienza con la crisis de finales de los setenta y su extraordinario impacto en el País Vasco por razones de especialización sectorial, que no por tantas veces repetidas dejan de reflejar una profunda realidad. Pues bien, lo que aparece claro es que el desplome de la productividad que acompaña a la crisis lo que encubre es una violenta ruptura de la relación entre crecimiento de la actividad y del empleo: el ajuste de la ocupación que correspondía a una tan brusca caída del crecimiento del PIB no sólo se demora en el

⁷ A pesar de ello, hay que tener en cuenta que la economía española no dejó de converger con la OCDE y la UE en el periodo 1960-1990 en términos de productividad aunque sí se detuvo la convergencia en PIB per capita. (Véase CEPR, 1994).

Gráfico n.º 6. **Crecimiento y generación de empleo en la economía vasca**



tiempo sino que nunca alcanza una intensidad proporcional a la que cabía esperar. Tras este fenómeno que se refleja gráficamente mediante un cruce y confusión de las tendencias de la producción y el empleo, late la difícil experiencia de la reconversión de los sectores básicos de nuestra economía primero y del resto de actividades ligadas a ellos en un proceso de ajuste industrial que muy posiblemente puede darse por cerrado

Gráfico n.º 7. **Evolución comparada del empleo en el País Vasco y en el Estado**

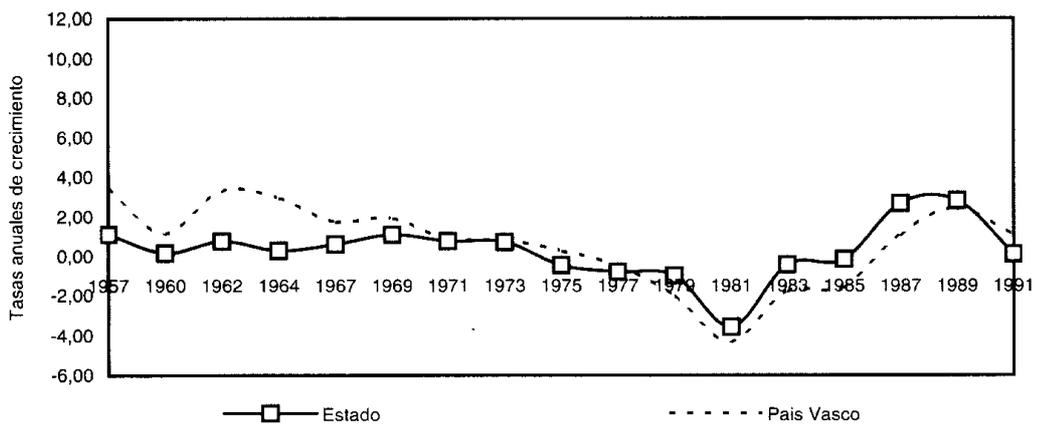
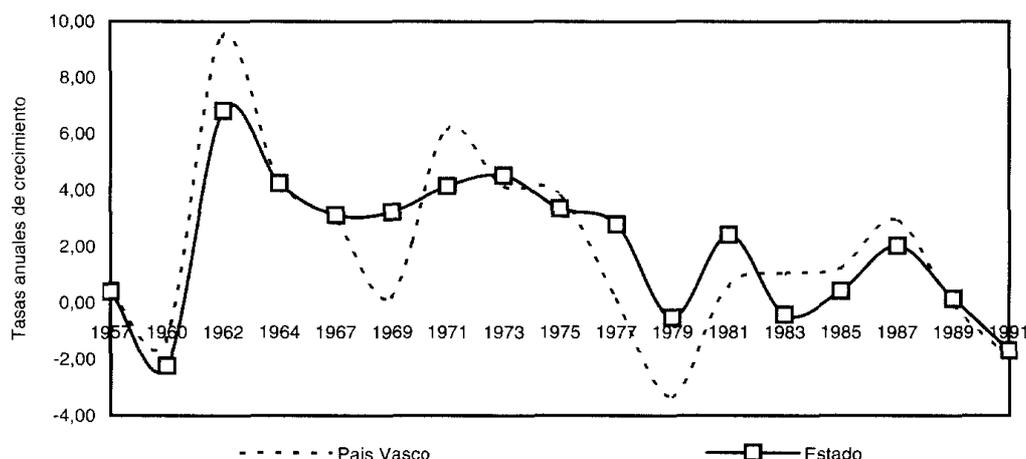


Gráfico n.º 8. Evolución comparada de la productividad de los servicios



alrededor de 1985, a pesar de que como ya hemos mencionado la fuente estadística que manejamos sitúa una primera recuperación en 1983, de cuya intensidad al menos creemos que se puede dudar.

A partir de entonces si hay algo destacable en el comportamiento de la economía vasca es que a pesar de una clara convergencia del crecimiento económico con el de la economía española, la recuperación firme, aunque lógicamente cíclica, de la productividad industrial y su influjo en el conjunto de la economía condujo a un menor potencial comparado de generación de empleo (Gráfico n.º 7). Claro que hablar en exclusiva de la productividad industrial es simplificar las cosas, pues lo cierto es que ese distinto comportamiento es también en parte producto de una evolución diferencial del sector terciario.

La productividad de los servicios descendió bruscamente durante la crisis acompañando a la del sector industrial, de manera que ello impidió que la destrucción de empleo alcanzase una gravedad mayor y proporcional al mal comportamiento de la actividad. Sabemos por otros análisis⁸ que la crisis de los setenta y la pérdida de población que la misma ocasionó repercutió muy directamente en ramas del terciario muy ligadas a la demanda final como el comercio y la hostelería, que demorando su ajuste lo mismo que algunas actividades manufactureras actuaron absorbiendo empleo y amortiguando la repercusión de la crisis en la fuerza de trabajo. Ahora bien, al igual que acontecía con el sector industrial el ajuste se difirió pero finalmente acabó por tener lugar también en los servicios, lo que propició una sensible recuperación de los niveles de productividad en los primeros años ochenta.

⁸ Alberdi, 1989.

2.2. El desequilibrio del mercado de trabajo

A lo largo del epígrafe anterior hemos tenido ocasión de comprobar cómo comienza a declinar la generación de empleo a consecuencia de la virulenta crisis de finales de los años setenta. Hemos visto también cómo la tasa que describe la evolución del empleo no se vuelve positiva hasta el año 1987, lo que significa prácticamente una década de destrucción de empleo. No cabe duda por lo tanto que en cierto sentido contamos ya con una primera aproximación al origen del desequilibrio del mercado de trabajo que desde entonces se ha hecho permanente en la economía vasca. Sin embargo, es necesario intentar brindar una explicación más completa del comportamiento de la ocupación que nos ayude a entender las causas de nuestro problema de paro masivo, procurando primero una mejor descripción del fenómeno a través del estudio de otras variables demográficas que inciden directamente en el mercado de trabajo para pasar luego a considerar el problema en relación con sus potenciales causas: otros desequilibrios, precios de los factores o dotaciones de capital.

Para comenzar con las primeras, el Gráfico n.º 9 nos dibuja las tendencias de la población junto a las de la actividad y la ocupación. De acuerdo con él la población ha experimentado un crecimiento muy superior al de la fuerza de trabajo que ha sido capaz de movilizar el sistema productivo. Aunque a finales de los años setenta se empieza a manifestar una tendencia al estancamiento que como sabemos ya es una realidad a finales de siglo, lo cierto es que la debilidad de la creación de empleo no ha impedido que de resultas del cambio en las tendencias demográficas se reduzca la brecha entre ocupación y población.

Si en 1955 los ocupados representaban un 47% de la población, en 1991 ese porcentaje se había reducido hasta el 33%, reflejando lo que constituye el problema de

Gráfico n.º 9. Población, actividad y ocupación

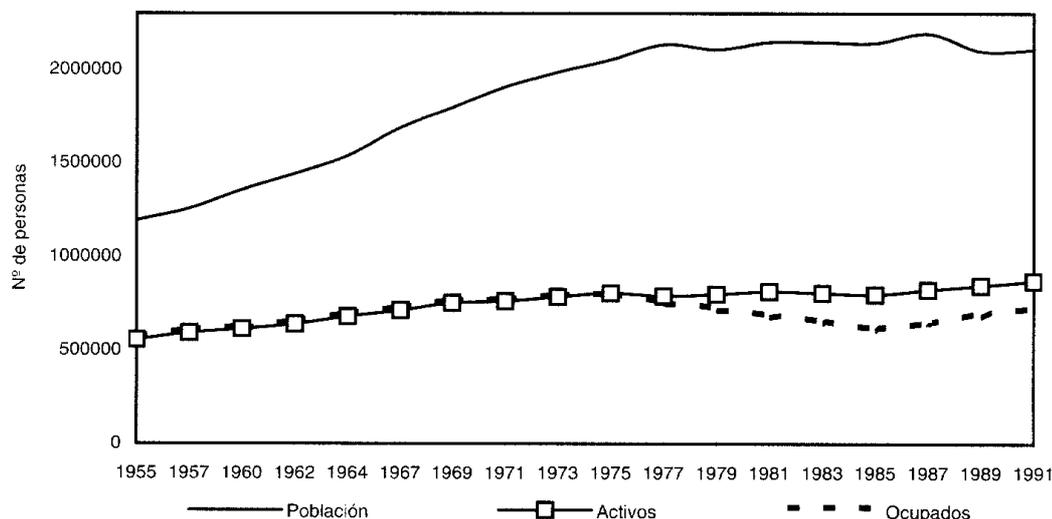
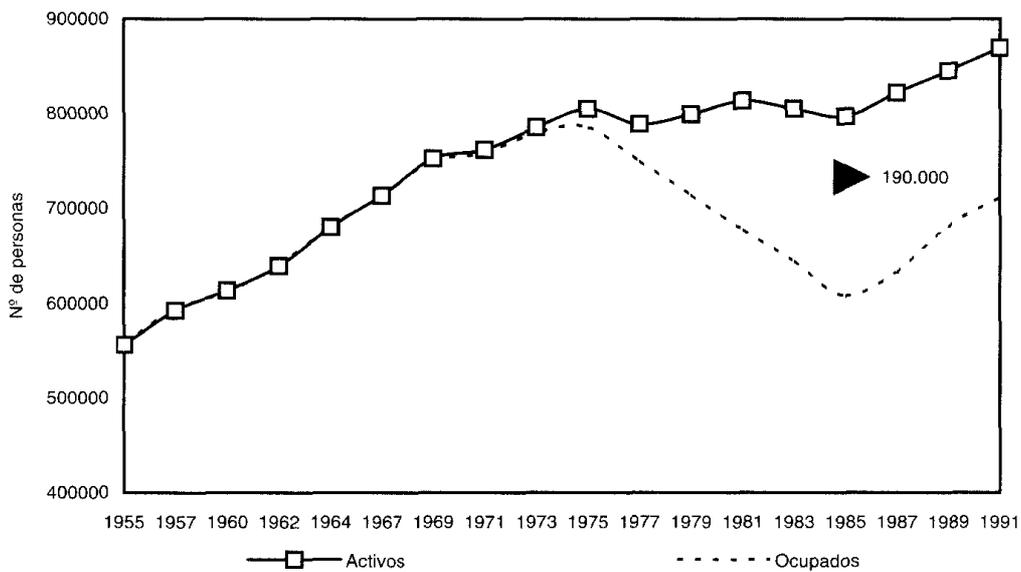


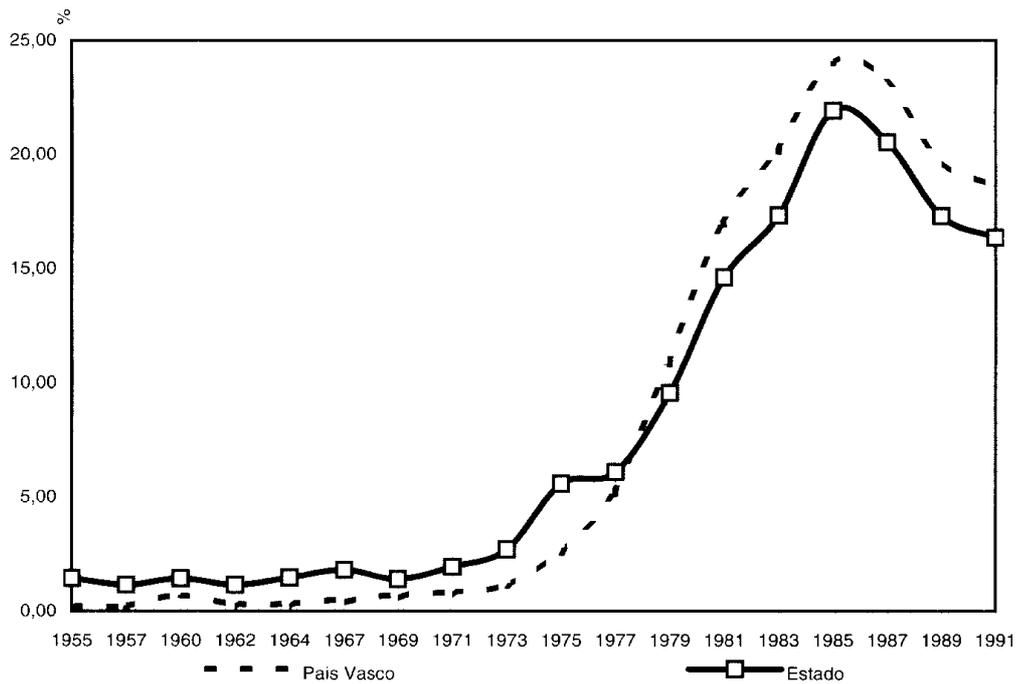
Gráfico n.º 10. **Activos, ocupados y parados en la economía vasca**

fondo del moderno estado de bienestar, cuya disección nos muestra que hay una combinación de causas demográficas y económicas, pudiendo distinguirse a su vez entre la segunda una encubierta por la sensibilidad de la población activa a las dificultades del mercado de trabajo y otra explícita que manifiesta la progresión de la población parada.

El hecho de que las tendencias de la actividad y la ocupación no sean muy marcadas se debe al hecho de haberlas ubicado en una misma escala con la población, pues como nos advierte el Gráfico n.º 10 tanto la actividad como el empleo experimentan notables variaciones, sobre todo a lo largo de los últimos veinte años del período contemplado.

Durante lo que denominamos los años dorados de crecimiento económico, se observa que actividad y empleo fueron tan estrechamente unidos que se desconocía lo que era la desocupación. A partir de los años setenta, la caída del empleo de la que dábamos cuenta ya líneas más arriba se traduce en la generación de una notable bolsa de desempleo, que se genera en un contexto de estancamiento de los niveles de la población activa. Ahora bien, en los momentos en los que se reactiva el crecimiento se observa que debido a nuestros bajos niveles de participación en el mercado de trabajo se produce una respuesta clara de la oferta de trabajo con el resultado de limitar los avances en la reducción del paro. En el momento de mayor desequilibrio el paro se sitúa según esta fuente en torno a los 190.000 personas; aunque esta cifra es claramente inferior a los máximos que han registrado las encuestas de población en relación con la actividad, lo cierto es que el fenómeno de fondo sigue coincidiendo en caracterizar

Gráfico n.º 11. Tasas de paro 1955-1991



a una economía que en los momentos peores ha registrado un tasa de paro de alrededor del 24% y que a consecuencia de la recuperación económica se reduce el fenómeno en cerca de 6 puntos. En definitiva, por lo tanto, el resultado es que lo que podríamos denominar paro estructural es del orden de un 17% de la población activa, que dado su carácter es de muy difícil solución si no se produce una onda de crecimiento económico extensivo en la que emerjan nuevas actividades y en consecuencia se expanda el stock de capital.

2.3. Precios, salarios y desempleo

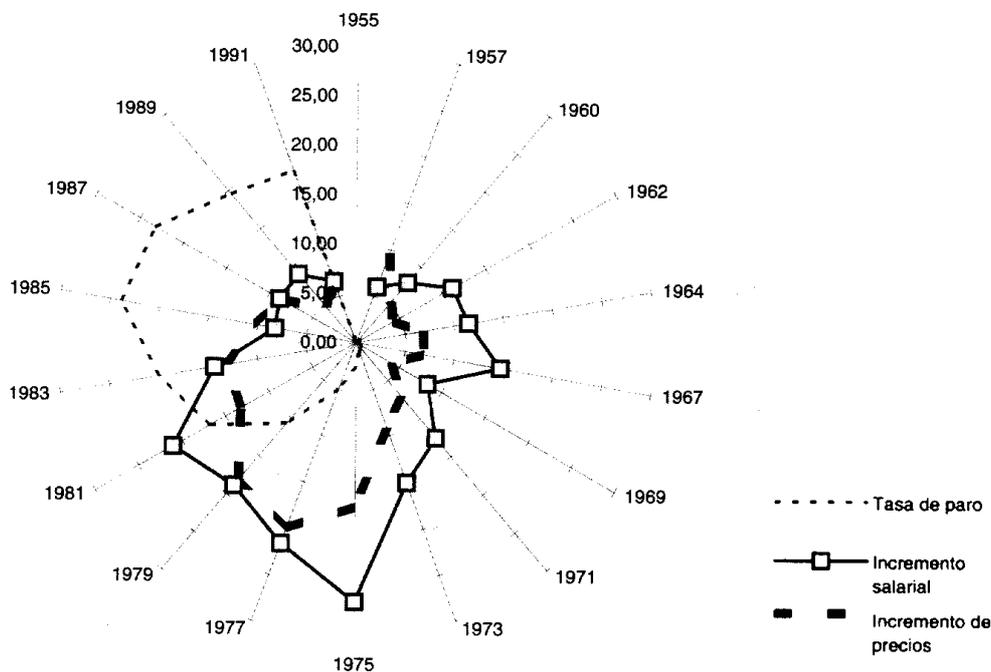
La primera gran conclusión respecto al paro es sin duda la que acabamos de realizar respecto a su elevado componente estructural. La existencia de un período de fuerte crecimiento económico a finales de los ochenta nos ha descubierto sin duda la verdadera naturaleza de nuestro paro y el desafío que el mismo entraña en la medida en que requiere de grandes dosis de *espíritu de empresa* para su corrección. Ahora bien, seguimos sin comprender muy bien cómo se generó ese volumen de desempleo, y esa cuestión no cabe duda de que se revela de gran interés de cara a la formulación de objetivos y políticas en materia de empleo. La mera observación de los hechos ha comenzado por llamar nuestra atención sobre la celeridad enorme con la que se produjo el desarrollo del paro: en los cuatro años que van desde 1977 a 1981 pasó del 5% al 15% y en otros cuatro nos situamos con un paro del 25% en 1985; y todo ello como

decíamos con un concurso escasamente significativo del factor demográfico. Así pues, el período en el que se generó la práctica totalidad del volumen de desempleo acota perfectamente el campo en el que debemos buscar las explicaciones, que no es otro que el de los años de la gran crisis de los setenta y sus desequilibrios que se prolongan hasta mediados de la década siguiente.

En realidad, debido a su desarrollo progresivo el desempleo es un fenómeno de los años ochenta, como bien pone de manifiesto a través de los Gráficos n.º 11 y 12, lo cual no quita para que hunda sus raíces en los desequilibrios de los años setenta. En otras palabras, la explicación que requeriría el fenómeno es doble: primero como decíamos dar razón de su gestación, y después de su persistencia como fenómeno estructural.

Una primera aproximación a los desequilibrios que rodearon la progresión del desempleo nos la da el Gráfico n.º 12, que no es sino una peculiar forma de presentar la clásica relación de Phillips entre los incrementos de precios o de salarios y la evolución del paro. En un primer momento lo que resulta más llamativo es que tal y como señalábamos el área que representa el desempleo pertenece a los años ochenta por más que su crecimiento se iniciase a finales de los setenta; y que por el contrario las tensiones de precios y salarios son un fenómeno de los años sesenta y setenta. Esto sugiere ya algunos primeros comentarios sobre los escuetos hechos económicos. En primer lugar, que por lo que se refiere a nuestra historia de la segunda mitad de siglo las tensiones de los precios no se desarrollaron en respuesta a las condiciones del mercado de trabajo, antes bien, lo que aparece claramente es una inflación y un desempleo progresando al unísono en la década de los setenta, e incluso una desinflación con

Gráfico n.º 12. Salarios, precios y paro



reducción del paro en los años ochenta, aunque en este caso la relación al principio de la década no es tan clara. De igual manera, la espiral precios y salarios se manifiesta claramente a través de la proximidad del perímetro que dibujan sus respectivas áreas.

La falta de consideración de un factor explicativo fundamental como es la productividad, sobre el que enseguida volveremos, priva de una significación más completa a la relación de precios y salarios. Sin embargo, esta presentación nos sirve como motivo de reflexión acerca de una característica básica de la economía empresarial en la que vivimos, que es la de ser una economía que funciona bajo un patrón salarial e igualmente nos advierte sobre la endeblez de las doctrinas de la tasa de paro natural, aspectos ambos que están estrechamente relacionados.

En efecto, la generalización teórica de una relación observada entre desempleo e inflación a partir de una función del tipo de Phillips carece de fundamentación sólida, ya que lo único que se puede demostrar es que las aceleraciones del crecimiento provocan tensiones en los precios pero no que no se pueda reducir el paro a partir de cierto nivel de actividad porque todo se transforma en elevaciones de precios⁹. La fortaleza de la intuición de Friedman radica en que supo ver que las expectativas inflacionistas incorporadas a una espiral de precios y salarios pueden llegar tan alto como se quiera y coexistir con una caída de actividad. Lo que ocurre es que siendo la economía empresarial una economía de patrón salarial, la evolución al alza de los costes laborales al margen de la eficiencia puede resultar tan elevada que llegue incluso hasta el punto de desbordar la presión deflacionista que provoca un menor crecimiento económico. La pretensión de que este fenómeno llamado *stanflation* o inflación con estancamiento arruinaba la macroeconomía keynesiana es sin duda una exageración, pues tan sólo alcanza a advertir de los riesgos de una economía fuertemente indiciada. El problema en este tipo de economía no es el de la existencia de una tasa de paro por debajo de la cual se produce una aceleración de la inflación, el problema es el coste en términos de elevaciones de precios que entraña *pasar* de un nivel de paro a otro más bajo; por un lado porque la aceleración del crecimiento produce inflación de demanda o de beneficios y por otro porque la formación de salarios reacciona ante este favorecida por un contexto de mejora del empleo. No hay por lo tanto ninguna fatal relación entre paro y precios sino solamente el riesgo de una aceleración inflacionista en la fase alcista del ciclo. Pero incluso con ser ciertos los riesgos que comentamos, el peor de los escenarios es aquel en el que una economía de patrón salarial se enfrenta a la presión de un factor externo que viene a enturbiar la lucha por la distribución de la renta. Este supuesto sobre cuyas consecuencias nos advirtió Hicks en fechas muy tempranas es el que desgraciadamente tuvimos la ocasión de experimentar en la práctica con la subida de los precios de las materias primas que actuó como desencadenante de la crisis económica de mediados de los años setenta.

De acuerdo con lo anterior el hecho de que nos hayamos situado en un nivel tan alto de paro supone que pueden existir dificultades para conseguir una reducción significativa del mismo sin provocar tensiones de precios, sobre todo una vez que ya se han realizado los mayores progresos en la desactivación de la indiciación de salarios y precios.

⁹ Véase sobre este punto el capítulo II de Alberdi, 1995.

2.4. Factores de oferta y factores de demanda

Antes de continuar con el análisis de los datos merece la pena hacer una pequeña digresión teórica sobre las causas del desempleo que nos ayude en la interpretación posterior. Como enseguida veremos es difícil que bajo una perspectiva de largo plazo existan tendencias marcadas y sostenidas hacia la redistribución en favor de uno de los factores productivos, seguramente porque los movimientos de los precios y del empleo acaban neutralizando a medio plazo las tensiones que se pueden producir. Como vamos a tener ocasión de comprobar es normal que se experimenten dificultades de ajuste en el frente de los precios, lo que justifica que temporalmente se produzca una alteración del reparto del valor añadido; pero a medio y largo plazo la respuesta de una economía empresarial está condicionada por los niveles de rentabilidad de manera que si estos se han reducido para cada volumen de actividad se acabará revisando la escala de producción. Al final es muy posible que la reducción subsiguiente del empleo y su impacto sobre el mercado de trabajo sea el mecanismo a través del cual se consigue invertir la tendencia del cambio en la distribución del producto.

Este mecanismo que estamos describiendo es lo que constituye un diagnóstico genuino de crisis por el lado de la oferta, que como vemos no es en el fondo otra cosa que una crisis de rentabilidad. Por ello ocurre que de acuerdo con la visión neoclásica el problema del desempleo siempre se acaba manifestando en un desajuste en el mercado de trabajo, de modo que una adecuada fijación del salario —que devuelva la rentabilidad, diríamos conforme a nuestro razonamiento— es el camino para la recuperación del empleo.

Ahora bien, esta explicación neoclásica es por esencia la de una economía abierta, economía abierta que impide primero un ajuste de los precios posibilitando la caída de la rentabilidad, y economía abierta después que permite que la demanda exterior compense la debilidad ocasionada por el ajuste salarial. En una economía cerrada estaríamos ante un patrón salarial puro, es decir que obviando los problemas de información y coordinación de un mundo con múltiples mercancías, el equilibrio de masas monetarias garantizaría un mantenimiento de la rentabilidad global, como se pone de manifiesto en un modelo de una mercancía. Cuando nos enfrentamos a una economía abierta el patrón salarial se ve distorsionado por las imperfecciones de los movimientos del tipo de cambio, de manera que pueden aparecer las crisis globales de rentabilidad porque las empresas no ven compensados sus mayores costes con una demanda mayor en términos monetarios.

La crítica keynesiana al modelo neoclásico se basaba en que su mercado de trabajo incurría en la falacia de la composición al ignorar que una reducción salarial puede devolver la rentabilidad a la empresa individual sin afectar a su demanda pero no puede hacer lo mismo a nivel agregado. Ahora vemos cómo en realidad la economía abierta nos devuelve en cierto sentido al caso individual: en la medida en que existen otras economías es posible ese divorcio entre costes y demanda, que como bien veíamos apenas requiere que el patrón internacional de valor no se adapte plenamente al patrón salarial. La trascendencia de estos movimientos del tipo de cambio es por lo tanto extraordinaria; de ahí que en un contexto de libertad de movimiento de los capitales y

globalización económica como el que vivimos se haya puesto de manifiesto que los movimientos de los mercados financieros pueden tener graves consecuencias sobre la economía real, como de hecho ha ocurrido con nuestra economía a finales de los ochenta e inicio de los noventa.

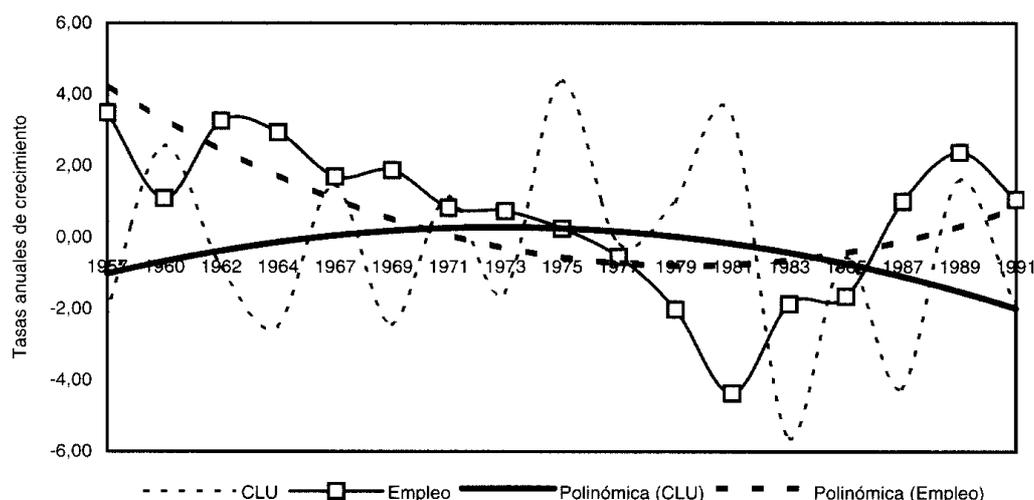
Ahora bien, lo que cabe esperar es que el tipo de cambio esté sobrevalorado en unas ocasiones e infravalorado en otras y que en consecuencia no sea posible esperar que uno esté siempre trasladando la carga a sus vecinos, lo que significa que a largo plazo no hay manera de devolver la rentabilidad a la economía que no pase por el crecimiento económico. Por lo tanto el sistema no cuenta con un mecanismo autorregulador que lo conduzca hacia la plena ocupación de la fuerza de trabajo. En este punto el economista neoclásico con su insistencia en el ajuste salarial nos recuerda al vendedor de un país árabe que no acaba de entender por qué el turista no le compra sus productos si los ofrece a un precio realmente barato. El empresario no accederá a contratar mano de obra si los bajos salarios deprimen sus expectativas de beneficios de la misma manera que el turista no se haría con un producto con el que no sabría qué hacer aunque lo tuviera regalado.

Las tribulaciones de una economía empresarial no acaban ahí. Las consideraciones que venimos realizando se mueven en un contexto estático en el que parece que garantizada una distribución de la renta acorde con unos determinados costes terminan los problemas. Sin embargo, ésta es sólo parte de la historia; porque el propio concepto de rentabilidad en una economía empresarial es dinámico: los beneficios están ligados al crecimiento económico porque si en una economía no hay expansión la oferta no puede generar rentas suficientes para retirar la producción con beneficios. Así pues la crisis de rentabilidad puede ser también una crisis de crecimiento. Obsérvese que la economía empresarial puede verse atrapada en una terrible trampa en la que no hay rentabilidad porque no hay crecimiento al tiempo que no se expande la producción porque no se advierten expectativas de beneficio, y que la salida de ese círculo vicioso debe venir propiciada por una fuerza exógena que invierta las expectativas, sea ésta el sector exterior, el déficit público, un cambio de clima económico o una innovación. Por lo tanto, dadas las fuerzas exógenas de cada momento y el decisivo espíritu de empresa muy bien puede acontecer que el volumen de actividad y ocupación sea sistemáticamente insuficiente para acabar con el paro.

2.5. Costes laborales y empleo

El énfasis en la dinámica de precios basada en un patrón salarial propia de una economía empresarial no autoriza a obviar completamente las eventuales repercusiones de los costes en el funcionamiento del sistema reduciendo todo a un problema de indiciación; porque en la práctica los mecanismos de transmisión de costes a precios y los consiguientes ajustes de los tipos de cambio en la órbita de las relaciones exteriores no siguen un automatismo tan grande. Por comenzar por los segundos, las depreciaciones de la peseta frente a las principales monedas no fueron suficientes para compensar el diferencial de inflación de manera que entre 1973 y 1987 se produjo una apreciación del tipo de cambio efectivo real frente al resto del mundo del 12,5%, es

Gráfico n.º 13. Costes laborales unitarios y empleo



1973-1985	1985-1991	1981-1987	1979-1985	1973-1991	1981-1991	1973-1981
0,33	-1,57	-3,52	-1,00	-0,31	-0,08	2,12

decir, un 0,85% anual; pérdida de competitividad que se concentró además en los años setenta pues hasta 1979 la apreciación real anual fue del 4,5%¹⁰.

Además de las repercusiones de la insuficiencia del ajuste del tipo de cambio nominal a la inflación diferencial, está el otro frente en el que la evolución de costes y precios juega un papel fundamental que es el de la distribución de la renta en el seno de la economía productiva. En una primera visión de la relación de salarios, precios y paro omitimos deliberadamente la consideración de la productividad porque no era estrictamente necesaria para la discusión hasta aquí desarrollada, pero ahora debe salir inexcusablemente al primer plano de la escena. Pretendemos en efecto estudiar la relación de los costes laborales unitarios con el empleo para tratar de valorar si la evolución de precios y salarios ha inducido cambios importantes en las condiciones de las empresas y por esa vía en el empleo.

Aquí por lo tanto, el concepto clave es el de costes laborales unitarios, es decir, la evolución de la ratio entre el coste nominal por asalariado del factor trabajo y la productividad real por ocupado. El concepto engloba por lo tanto los costes nominales, la productividad nominal y los precios, de forma que refleja las tensiones que la evolución de la retribución del factor trabajo supone para un output constante. Se trata como es fácil de ver de un indicador que revela las tensiones existentes en torno al reparto del producto en el interior de la empresa, hasta el punto de que si expresamos la productividad en términos nominales y prescindimos de la diferencia entre asalariados y ocupados lo que la ratio mide no es otra cosa que el peso de los salarios en el valor añadido.

¹⁰ Caja Laboral Popular, 1989, p. 44.

Pues bien, como podemos comprobar en el Gráfico n.º 13, esa relación entre costes laborales y productividad real que miden los costes unitarios y que expresa las tensiones acerca de la distribución de la renta presenta oscilaciones a largo plazo en torno a una línea de no crecimiento o crecimiento cero. Esto parece confirmar la idea de que a largo plazo la distribución de la renta no puede experimentar grandes vuelcos, aunque sí lo hace durante períodos significativos de tiempo con consecuencias importantes para el nivel de actividad y empleo. Siguiendo el Gráfico n.º 13 podemos observar cómo hasta el inicio de los años setenta los costes laborales unitarios mantenían unas oscilaciones que se iban amortiguando en torno al crecimiento cero y que incluso tendían a estar en valores negativos. La situación cambia bruscamente en los años setenta en los que los costes responden con una carrera alcista ante un conjunto de circunstancias adversas como son el empobrecimiento frente al exterior, un aumento de la brecha fiscal y una bajada muy fuerte de la productividad. En términos de períodos, es entre 1973 y 1981 cuando se produce la mayor presión de los salarios, con un crecimiento de los costes unitarios del 2,1% anual; a partir de esa última fecha la desaceleración fue espectacular hasta el punto de que en una primera fase que va hasta 1987 la tasa anual de variación fue del -3,5%, quedando situada para el conjunto de la década en un valor cercano a cero. El ajuste de la economía de los primeros años ochenta fue por lo tanto de una gran intensidad y si bien en la segunda parte de esa década se recuperó una tendencia al alza, de hecho se consiguió volver a unas oscilaciones alrededor del crecimiento cero que son muy similares a las existentes antes de la crisis de los setenta.

A pesar de que la distribución del valor añadido tiende a volver a sus anteriores niveles como lo prueba la forma de la curva de ajuste y de que la respuesta del empleo describe una trayectoria opuesta que demuestra la reacción de la actividad a las condiciones de rentabilidad, ya vimos que en términos de volúmenes nada volvería a ser como antes. Lo cierto es que el crecimiento del empleo venía declinando ya desde antiguo por pérdida del carácter extensivo del propio crecimiento económico; pero que la respuesta de los setenta es dramática al producirse entre 1977 y 1981 una destrucción de empleo que alcanzaría grandes proporciones y que luego se mantendría también en tasas negativas hasta 1985.

El análisis habitual tiende a considerar los efectos de los salarios en la ocupación en un contexto de corto plazo en el que el stock de capital está dado y se producen desplazamientos a lo largo de una función de demanda de trabajo. Los efectos que aquí se apuntan irían sin embargo en otra dirección, porque se refieren a procesos que tienen lugar en el medio plazo. Se trataría más bien de la respuesta de la actividad empresarial a una crisis de rentabilidad provocada por la evolución de los costes unitarios que debilita los incentivos para invertir y que induce procesos de sustitución de trabajo por capital. Aun desconociendo el alcance efectivo de ese proceso de sustitución de factores, lo cierto es que el progreso tecnológico ahorrador de trabajo tuvo consecuencias devastadoras al suponer una reducción del 24% en los requerimientos de empleo entre 1972 y 1985, en un contexto en el que la demanda global apenas experimentó variaciones¹¹. Como mantenimiento de la demanda no significa que se detenga el cambio estructural, en ese período una parte significativa del equipo capital

¹¹ Caja Laboral Popular, 1989, pp. 53-54.

devino inútil habida cuenta de los nuevos parámetros de demanda, costes y precios. Así pues no sólo se detuvo la inversión de expansión y se reforzó la racionalización en el interior de las empresas sino que afloraron auténticas ruinas industriales; es ese conjunto de circunstancias el que hace que nuestra elevada tasa de paro estructural sea un reflejo de la insuficiencia de capital productivo.

2.6. Peso económico y nivel de renta

El País Vasco, que experimentó su despegue en términos de peso relativo específico a partir de los años cincuenta vería cómo el mismo se reducía a consecuencia de la crisis de los años setenta. La población relativa apenas registraría una variación de unas pocas décimas pero sí lo haría en mayor medida el PIB, tal y como da cuenta el Gráfico n.º 14. La inevitable desindustrialización que acompañó a la dureza de los procesos de reconversión supuso una pérdida estimable de peso industrial. Por otra parte, el impacto de la crisis industrial junto a la pérdida de dinamismo demográfico dejó sentir sus efectos en el sector terciario, tradicionalmente infradesarrollado respecto al español, que a su vez lo está respecto a su entorno internacional. De resultados de todo ello el País Vasco cuenta al final de estas series económicas, es decir, en 1991, con un 5,4% de la población y con un 6% del producto, nivel este último que parece bastante estable a lo largo de los últimos años.

Naturalmente, el hecho de que la pérdida de valor añadido supere a la del empleo significa que se ha producido una convergencia entre los niveles de vida de la economía española y la economía vasca. El PIB per capita llegó incluso a retroceder en el País Vasco en los setenta acelerando una convergencia que parecía que iba a ser total en los ochenta. Sin embargo, la capacidad de reacción de la economía vasca una vez superados los peores momentos de la crisis industrial ha sido manifiesta; hasta el punto

Gráfico n.º 14. **Peso relativo de la economía vasca en el conjunto del estado**

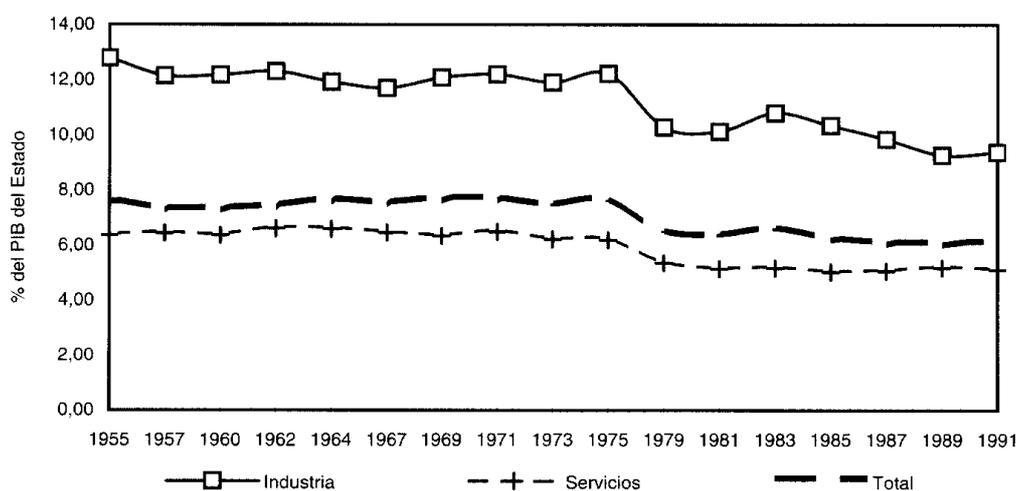
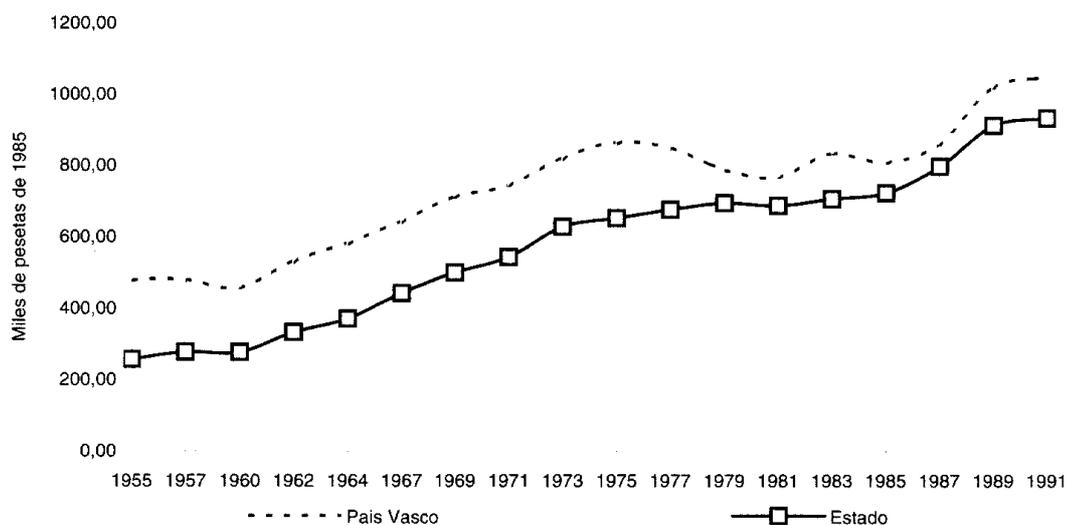


Gráfico n.º 15. Evolución comparada del PIB per capita (1955-1981)



de que parece claro que seguirá manteniendo como norma una ventaja relativa apreciable. Esta es en sí misma una señal de que muchas cosas han cambiado en la última década en el País Vasco y de que si la insuficiencia de capital es notoria también lo es la capacidad de generar riqueza que siga viva como fruto de una larga tradición industrial.

3. COMENTARIOS FINALES

Para sorpresa nuestra la buena noticia es que contrariamente a lo que parece ser norma general la magia de la productividad está muy lejos de haberse esfumado en la economía vasca. De hecho, el fuerte influjo del ciclo industrial hace que nuestra economía siga disfrutando de un elevado progreso tecnológico que tiene como consecuencia más positiva el que es en sí mismo una garantía de crecimiento económico a medio plazo, y como motivo de preocupación el que su carácter ahorrador de la fuerza de trabajo hace precisa una ampliación de la economía productiva, es decir, de lo que llamamos crecimiento extensivo, para el que la economía vasca parece experimentar mayores dificultades tanto en la industria como en los servicios.

A falta de un mayor desarrollo del espíritu de empresa nos encontraremos con una acentuación de la creciente brecha que existe entre los empleados y la población total. El hecho de que los primeros supongan sólo un tercio de la segunda nos da idea de las dificultades que este fenómeno plantea en términos de un ensanchamiento de la solidaridad precisamente cuando la minoría ocupada cada vez presenta más resistencia a costear con sus crecientes rentas las funciones redistributivas del estado de bienestar. Desde cualquier punto de vista sería mucho más conveniente que en lugar de repartir las rentas se repartiese el trabajo que las genera, por ello el debate sobre el reparto

del trabajo seguirá estando presente en nuestra sociedad. Las claras dificultades a nivel general y de empresa que presenta el problema de reparto no deben ocultar que por elementales razones de cohesión no se pueden negar a un tiempo todas las fórmulas de reparto.

Alguien ha dicho que el planteamiento del reparto revela un pesimismo acerca de las capacidades humanas para la creación de riqueza. Sin embargo, a la vista del paro masivo y de su persistencia, especialmente por nuestros lares, no reconocer la enjundia del problema no sería una muestra de optimismo sino de candidez o de no se sabe bien qué extrañas intenciones. La economía de una sociedad abierta es una economía abierta, pero ello mismo significa que no hay mecanismos de autorregulación que nos garanticen la confianza gratuita en el futuro; la economía de la sociedad abierta se hace día a día con los resultados que están a la vista.

No hay otra manera cierta de escapar a esa difícil elección que la de potenciar el espíritu de empresa para ampliar nuestra base productiva. Sobre las dificultades de esta tarea en un entorno como el nuestro poco cabe añadir a lo que tantas veces se ha repetido. Sin embargo, hay reflexiones que surgen de los datos expuestos que puede resultar conveniente tener en cuenta.

Recordamos así que en el fondo de parte importante de nuestro problema de paro late una incapacidad manifiesta para resolver el problema de la distribución del valor añadido de forma que sus repercusiones en la rentabilidad no acarree una parálisis de la inversión de expansión y un aumento de la racionalización, aunque esta última es en cierto sentido inevitable en un contexto competitivo. La larga serie de la Renta Nacional nos demuestra que después de algunos excesos volvimos al punto de partida, pero con unas consecuencias en términos de empleo que supongo todos desearíamos haber evitado. Hay razones para creer que hoy en día el problema no está en la necesidad de forzar el ajuste de las rentas salariales característico de los años ochenta, aunque hay quien lo propone abiertamente como necesario¹², sino en cuidar de que su tendencia a la recuperación se mueva dentro de límites razonables. Hay motivos para creer que el País Vasco de mediados de los noventa poco tiene que ver con el de veinte años atrás y que el cambio de mentalidades y las reformas institucionales llevadas a cabo nos dan ya una madurez europea. En cualquier caso, para no caer en un optimismo desbordante convendría estar vigilantes.

Para terminar, no quisiera dejar de señalar otro gran debate económico del momento actual, sobre el que la ausencia de datos de capital y financiación en las cuentas nos ha mantenido alejados: el debate de la distribución entre economía productiva y economía financiera. Los niveles de rentabilidad real del capital frente a los del coste real de la deuda remunerada dan un margen tan estrecho que difícilmente puede incentivar el espíritu de empresa. Ahora que la brecha de los intereses reales vuelve a campar por sus respetos es buen momento para preguntarse si en esta economía no pueden mantenerse los equilibrios macroeconómicos sin forzar una distribución de rentas que perjudica a la parte activa de la sociedad —el trabajo y el capital productivo envueltos en la empresa— en beneficio de los meros detentadores de riqueza financiera. Como se ve la agenda del economista está repleta de tareas pendientes.

¹² Ramírez, Rossell y Salas, 1994.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERDI LARIZGOITIA, A. (1989): *La economía de servicios en el País Vasco: un análisis macroeconómico*, Documentos de Economía n.º 2, Gobierno Vasco.
- ALBERDI LARIZGOITIA, A. (1995): *La financiación de una economía regional*, Tesis doctoral pendiente de lectura. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea.
- CAJA LABORAL POPULAR, (1989): *Economía vasca 1975-1987*.
- CENTRE FOR ECONOMIC POLICY RESEARCH (1994): *El paro en España: ¿Tiene solución?*, Consejo Superior de Cámaras de Comercio, Industria y Navegación de España.
- EUSKO JAURLARITZA (1982): *Biztanleriaren eboluzioa. Evolución de la población (1900-1981)*: Dirección de Estadística.
- EUSTAT (1992): *Udal biztanleriaren eguneratzea. Actualización de la población municipal*.
- GARAYALDE, I; MURPHY, M. J.; ARREGI, B.; OLALDE, A.; IPIÑA, A.(1990): *Escenarios demográficos. Horizonte 2016*, Documentos de Economía, n.º7, Gobierno Vasco.
- HICKS, J. (1989): *A Market Theory of Money*, Oxford University Press.
- KRUGMAN, P. (1994): «Europa sin trabajo, América sin un céntimo», *Política Exterior*, 41, VIII, Octubre-Noviembre, pp. 8-20.
- KRUGMAN, P. (1994): *Vendiendo prosperidad. Sensatez e insensatez en una era de expectativas limitadas*. Ariel.
- LINDBECK, A. (1993): *Paro y macroeconomía*, Alianza Editorial.
- MODIGLIANI, F. (1991): «La crisis europea del desempleo: análisis monetarista-keynesiano y sus implicaciones», *Información Comercial Española*, n.º 376, pp. 15-30.
- MONTERO, M (1993): *La construcción del País Vasco contemporáneo*, Editorial Txertoa.
- RAMÍREZ, M; ROSELL, J. Y SALAS, V. (1994): «Análisis económico de la empresa española 1983-1992», *Ekonomiaz* n.º 30.
- SOLOW, R. (1992): *El mercado de trabajo como institución social*, Alianza Editor.